

jestuosa, más grande, más poderosa y más sublime, una sociedad, una Iglesia, la Iglesia de Cristo.

Se hundirán en el mar todas las rocas, naufragarán todos los bajeles, se corroerán todas las costas, se hundirán todos los imperios, se anonadarán todos los reinos, y la Iglesia de Cristo perseverará. Se conjurarán contra ella todos los poderes infernales. Mas no prevalecerán.

#### 128. EL MESÍAS PROFETIZA SU PASIÓN

(L. 9, 21-27; Mc. 8, 30-39; Mt. 16, 20-28; 10, 38,39)

Obtenida esta declaración terminante de Pedro, es a primera vista extraño lo que después pasó. Porque Jesús les prohibió que dijese que él era el Cristo. ¿A qué venía esta prohibición? Es que aún no estaba el terreno preparado: dada la espectación que había del Mesías, y los prejuicios de que él sería un libertador político y religioso, esta idea hubiera suscitado entusiasmos y arrebatos que hubieran trastornado la predicación del Evangelio y los planes de Jesucristo. Además muchos corazones aún no estaban preparados para acoger bien esta idea. Era preciso ir la desarrollando gradualmente y con prudencia, con la discreción y reserva con que él procedía, revelándose poco a poco y muchas veces indirectamente. Por eso si bien de sí mismo él mismo lo decía, pero no quería que sus discípulos, imprudentes como eran, se metiesen a predicarle por Mesías, con afirmaciones que podían perturbar los planes de Jesucristo en su evangelio y revelación. Era demasiado imprudente y vivo el celo y entusiasmo de sus galileos.

Por eso, no con sencillez, sino con encarecimiento y energía les conminó y mandó que a nadie dijese que él era el Mesías.

Pero puesta ya esta confesión y terminante declaración de Pedro, solemnísimamente confirmada por el mismo Jesús, de que él era el Mesías, restaba ir explicando lo que había de ser el Mesías. Y para que no se figurasen los discípulos que por serlo iba a fundar un reino temporal y brillante, como el que se imaginaban muchos judíos, sino que fuesen ya adquiriendo poco a poco la idea exacta del Cristo, les hizo entonces una revelación, que de seguro no espera-

ban los apóstoles. Y aun indica San Lucas, que esto que iba a decirles era la razón porque les había prohibido el Señor decir que él era el Mesías.

«Comenzó, pues, a decirles desde aquel día cómo él tenía que ir a Jerusalén y padecer allí mucho, y ser condenado por los ancianos y sumos sacerdotes y escribas, y ser muerto, y resucitar al tercer día. Y lo decía claramente».

Es notable esta última advertencia que es del Evangelista San Marcos, quien advierte varias veces cómo los discípulos no acababan de entender muchas cosas que Jesús les decía con claridad y franqueza.

En efecto esto no lo entendieron, al menos en parte. Lo de las tribulaciones, sí, lo entendieron, aunque no lo debieron creer. Lo de la resurrección era más difícil de entender, sobre todo estando como estaban perturbados por lo que habían oído de la pasión, y por lo extraordinario e increíble de la profecía.

De todos modos semejantes revelaciones a raíz, como quien dice, de la magnífica confesión de que él era el Mesías cogió a los Apóstoles como un rayo. Todos callaban.

Pedro sobre todo debió quedar completamente desorientado y abatido. Después de haber afirmado tan claramente su confesión acerca de Jesucristo, veía ahora que con estas ideas caían por tierra todas sus ilusiones y esperanzas del reino de Israel. Él había afirmado que Jesús era el Cristo. Y ahora Jesús decía de sí mismo que tenía que padecer mucho, y que iba a ser condenado por las autoridades todas de Israel, y que tenía que morir!... ¡Cómo compaginar tales cosas? Debióle parecer muy mal a Pedro que el Maestro dijese cosas tan inverosímiles, y que se mostrase tan sumiso a ser de esta manera atropellado. Y recordando las alabanzas que el Maestro públicamente le acababa de tributar hace pocos días, animado con la autoridad que creía tener con él, tomóle aparte suavemente, adelantóse un poco y empezó a reñirle, diciendo:

«—Lejos de tí todo eso que dices, Señor. Eso no te sucederá.

»Volvió el Señor su rostro y mirando a sus discípulos, reprendió a Pedro, diciéndole:

»—Retírate de mí, Satanaás; me escandalizas, porque no

sabes las cosas de Dios, sino las que son de los hombres!...»

¿Qué diferencia y contraste entre esta reprensión y las alabanzas que le tributó poco antes cuando le hizo cabeza y fundamento de la Iglesia! Entonces le dió el nombre de Pedro, ahora le da el de Satán. Entonces le llamó dichoso, ahora le llama escandaloso. Entonces le aseguró que hablaba inspirado, no de la carne y sangre, sino del Padre celestial; ahora le advierte que habla como quien no entiende las cosas de Dios, sino que juzga como hombre inspirado en carne y sangre y movido de Satanás.

Y no que Simón cometiese entonces una gran falta, sino que se dejaba llevar con debilidad, con amor humano, y acaso con ambición, de deseos que venían inspirados por Satanás contrarios a los designios de Cristo. Y quería Jesús advertirle y corregirle para siempre para que no se metiese a contradecirle, ni hacer observaciones humanas y carnales, en una materia que precisamente era de las más esenciales en la misión y vida del Cristo y no solo del Cristo, sino de toda su Iglesia.

Porque con este motivo, después de haber dicho esto a sus discípulos, quiso darles una de las principales lecciones de la doctrina del Evangelio acerca de las humillaciones y pasiones que ella y su Fundador habían de sufrir. Y ya no se contentó con hablar a sus discípulos y a Pedro; para esta lección llamó a toda la gente que allí estaba, y una vez que la tuvo reunida junto a sus discípulos dijo a todos esta singular doctrina:

«—Si alguno quiere venir detrás de mí, niéguese a sí mismo, tome cada día su cruz y sígame. El que no toma su cruz y no me sigue no es digno de mí.

»Porque quien quiere salvar su vida la perderá; y quien pierda su vida por mí y el Evangelio la salvará.

»Porque ¿qué le aprovecha al hombre ganar todo el mundo si daña su alma? O ¿qué precio no dará el hombre por su alma?»

Divina, misteriosa e inesperada lección para Pedro, para los discípulos y para todos los que después de ellos se figurasen que siguiendo al Mesías habían de obtener triunfos, prosperidades y bienes temporales. Él, ya les había dicho,

siendo Mesías tenía que ir a Jerusalén a morir y ser crucificado y padecer mucho. Sus discípulos, los discípulos del Mesías que quisiesen seguirle en adelante, no debían esperar otra suerte que la de su rey y Mesías; no bienes temporales y honores de brillantes y gloriosos reinos de este mundo, sino la cruz cotidiana de los trabajos que le tocasen en la Iglesia, para sufrirla y seguir con ella a cuestras, como los condenados a ser crucificados, en pos de Cristo que los precedería en esta pasión a todos.

Y «al que esto no haga no se le tenga por digno de mí».

Callaría Pedro confundido, callarían los discípulos asombrados, ni faltaría alguno que dudase de Jesús y se escandalizase de la cruz y pasiones que el Mesías a sí mismo se profetizaba... Lo cierto es que Jesús conociendo a los que entonces, y en los tiempos futuros se podían escandalizar y horrorizar de su cruz, añadió gravemente.

«Si alguno se avergüenza de mí y de mis palabras en esta generación adúltera y pecadora, se avergonzará de él el Hijo del hombre cuando venga lleno de su majestad y de la gloria del Padre con sus ángeles y dé a cada uno según sus obras». Es decir, en el día del último juicio.

Mas por si alguno, por lo que decía dudaba si en verdad sería el Mesías el que de este modo se profetizaba a sí mismo muertes y humillaciones, añadió:

«En verdad os digo que hay algunos de los que están aquí, que no gustarán la muerte hasta que vean el Reino de Dios que viene con poder, y al Hijo del hombre que viene en su Reino». Es decir, hasta que vean la Iglesia de Cristo llena de fortaleza, y en ella como en su reino al Hijo del hombre. Y acaso también quiso en esto aludir a su segunda venida a castigar al pueblo rebelde de Israel con la destrucción de Jerusalén.

La plática, en verdad, era desusada pero enérgica y solemne: ¡ay de quien no tuviera fe en Jesús! Porque se necesitaba gran espíritu para creer en él en esta ocasión; gran fortaleza y humildad para resignarse a seguir a aquel rey nuevo y extraño, que no los atraía como otros reyes humanos con promesas de honras y prosperidades, sino que los brindaba con una cruz y con la abnegación de sí mismos; gran resolución para seguir como discípulo al que,

aseguraba con tanta fuerza que iba a morir reprobado por todas las autoridades sagradas y civiles de Israel, y en fin, gran confianza para persuadirse de que podían en uno mismo unirse los caracteres de Mesías, de Cristo, de Rey, con los de crucificado, despreciado y reprobado.

Y acaso muchos quedarían escandalizados de Cristo, y por ellos dijo aquella terrible amenaza. «Ay del que de mí y de mis palabras se avergüence! yo me avergonzaré de él ante mi Padre!»

¿Qué diría Pedro? ¿Qué dirían los demás apóstoles? ¿Qué diría Judas?

Y ¿qué dirían los judíos que le oyeron? Cuántos se avergonzarían y renunciarían a ser discípulos de semejante Mesías!

#### 129. LA TRASFIGURACIÓN

(L. 9, 28-36; Mc. 9, 1-7; Mt. 17, 1-3)

Acaso el mismo Señor entendió que era preciso reanimar los ánimos abatidos, al menos en sus principales discípulos, y así dispuso hacerlo.

Pasaron después de esta plática seis días, según San Mateo y San Marcos que no contaron los medios días, y casi ocho, según San Lucas, que contó también los días incompletos.

Estaban, según tradición muy recibida, aunque también harto discutida, al pie del Tabor. Graciosa montaña y símbolo de la felicidad sobrenatural, del éxtasis beatífico, del transporte de amor de Dios, elévase al sudoeste del lago de Tiberíades y a dos leguas de Nazaret, aislado, solitario, alto como de seiscientos metros y revestido de verdura que aparece mucho más agradable a la vista cristiana que entre ella busca los reflejos de la hermosura de Dios. Terebintos y lentiscos, verdinegras encinas y grises olivos, adelfas y arrayanes, y entre la yerba lirios y margaritas y amapolas y campanillas y romero y mejorana perfuman y coloran la más bienaventurada de las montañas de la tierra. La imaginación cristiana, con una antítesis sublime, la coloca frente por frente de la montaña de la Cuarentena.

No se sabe bien por dónde ni cómo, pero recorriendo la distancia de veinte leguas, bajó Cristo Nuestro Señor allá

desde Cesarea, y, llegado a su pie al caer de una tarde de Agosto, halló buena la montaña para su oración nocturna; y como lo había hecho, según creo, otras varias veces y lo hizo después en Getsemaní, tomó, dejando a los otros, a tres de sus discípulos, a Pedro, Juan y Jacobo, se despidió de los otros para entregarse a la oración, y subió con ellos a la excelsa cumbre.

Los demás quedaron al pie del monte.

Llegados a la cima pusieronse a orar. Y Jesús, ciertamente oraba. Pero los tres discípulos cargados de sueño se durmieron.

Oraba Jesús, y «mientras oraba se transfiguró delante de ellos y resplandeció su rostro como el sol, y sus vestidos se tornaron esplendorosos y extraordinariamente blancos como la nieve, cuales ningún batanero de la tierra puede blanquearlos. En esto aparecieron dos varones, Moisés y Elías, y conversaban con Jesús y hablaban de su salida de este mundo, que había de cumplir en Jerusalén.

»Despiertos ya los discípulos vieron la majestad de Jesús y a los dos varones que con él estaban».

Arrebatadora escena! Qué diría ahora Pedro? He aquí que no ya en su figura ordinaria, sino en su trasfiguración y lleno de gloria, de majestad, de poder y de bienaventuranza, su Maestro trataba con aquellos dos santísimos varones de lo mismo que a él le había escandalizado! de su muerte y de la salida que había de tener de esta vida mortal en Jerusalén! ¡Cómo le enseñaba el Maestro! cómo le confundía delicadamente! cómo le persuadía de que podía muy bien unir en su persona la majestad de Mesías y de Cristo, con la humillación de su muerte y postración postrera!

Oh! y quién supiera el diálogo sublime que con Jesús acerca de este misterio tendría el gran Legislador y el noble Profeta! Y los conceptos que en presencia de Jesús, visto antes proféticamente entre neblinas, y contemplado ya realmente entre esplendores, tendrían y dirían inspirados Elías y Moisés!

Los discípulos estaban anegados en aquel mar de extática dulzura. Jesús estaba transfigurado y ellos sin duda transportados. Jesús y sus compañeros hablaban; los discípulos escuchaban y contemplaban.

Entonces no mostró Pedro el escándalo que había mostrado en Jerusalén, ni pensaba más que en la felicidad presente, en la que sin duda como decía San Pablo, con ocasión de un raptó que tuvo, gozaba lo que ni ojo vió, ni oído oyó, ni entró jamás en corazón humano.

Mas ¡ay! en este mundo todo pasa. Pasaba también aquella felicidad. Los dos varones daban muestras de despedirse y de apartarse de Jesús. Entonces Pedro dijo a Jesús:

«—Maestro, lo mejor será que quedemos aquí. Si te parece, hagamos tres pabellones, uno para tí, otro para Moisés y otro para Elías.

Dice San Marcos: «No sabía lo que se decía, porque estaban atónitos de terror». Qué necesidad tenía Jesús, ni Moisés, ni Elías de pabellones? Cuánto más lo hubieran necesitado ellos, de quienes estaba olvidado!

»Aún hablaba Pedro cuando una nube lúcida los cubrió. Y al entrar ellos en la nube temieron los discípulos.

»Entonces salió de la nube una voz que dijo:—Este es mi Hijo muy querido, en el cual me he complacido mucho. Oíidle a él.

»Y mientras la voz sonaba quedó Jesús solo.

»Los discípulos al oír la voz llenáronse de temor y cayeron postrados en tierra. Entonces se acercó Jesús y tocándoles les dijo:—Levantaos y no temáis.

»Alzaron la vista al punto, y miraron a su alrededor, mas no vieron a nadie ya sino solo a Jesús a su lado».

Todo había desaparecido, todo había vuelto a su estado ordinario.

Pero ¡qué cosas tan admirables las que en el término de aquella noche vieron!

Jesús, el Verbo humanado que por nosotros se dignó cubrirse de la forma de esclavo, y que bajo esta forma reprimía la fuerza natural de su gloria, que, a no ser por esto, se hubiera manifestado en su persona toda su vida, en esta noche quiso dar a su cuerpo la gloria y esplendor, que naturalmente se le debía una vez que estaba unido a la divinidad. Escogió para ello tres testigos, para que, cuando éstos afirmaran lo que habían visto, nadie pusiese duda en su veracidad, y escogió precisamente los que habían de ser testigos de sus agonías en el Huerto para que al ver aquella

postración no desfalleciesen recordando esta glorificación. De esta manera la vida y la historia futura del Mesías estaba ya en pocos actos revelada.

El primer acto fué la revelación del Padre a Pedro: «Tú eres el Cristo Hijo de Dios vivo». Jesús era el Mesías.

El segundo fué la que a los ojos del mundo era antítesis de esta revelación: El Mesías tiene que padecer y morir y resucitar.

El tercero fué la trasfiguración: preciosa síntesis de esta antítesis, de la gloria Mesíasica, con las humillaciones del Cristo: es decir, Jesús en un mismo punto lleno de gloria y majestad, y hablando de su pasión y muerte.

Postrados en tierra, con las frentes pegadas en el suelo, estaban los tres apóstoles aterrados. Se acercó Jesús; tocóles en el hombro; díjoles que no tuviesen miedo; mandóles levantar; y quedaron en pie los cuatro solos. Moisés, Elías habían desaparecido. Aquellos inusitados resplandores del cielo se habían disipado. Nunca les pareció tan pobre la aurora como aquella mañana del 6 de Agosto.

### 130. BAJADA DEL TABOR

(Mc. 9, 8-12; Mt. 17, 9-13)

Bajaban por el monte a reunirse con los que abajo quedarán, y acaso descendían silenciosos, recordando lo que en tan breve espacio habían visto, cuando Jesús interrumpiendo el silencio, les dijo:

«—No digáis a nadie esta visión, hasta que el Hijo del hombre resucite de los muertos.

»Y ellos callaron en aquellos días y a nadie dijeron nada de esto que habían visto, cavilando entre sí qué sería aquello de: cuando resucite de los muertos».

Era cosa muy inusitada esto de resucitar de entre los muertos, y no se convencían, sin duda, de que tuviese el sentido obvio, que hoy tiene esta frase. ¿Qué querría decir Jesús con esto?...

Luego, muchos años después, dijeron lo que habían visto, pues lo refieren los tres Evangelistas, San Mateo, San Marcos y San Lucas; alude sin duda a esta visión San Juan en muchos sitios de sus escritos; y sobre todo San Pedro

la recuerda en su carta 2.<sup>a</sup>: «Os hemos enseñado la virtud de Nuestro Señor Jesucristo y su presencia, no siguiendo ingeniosas fábulas, sino porque nos hicieron testigos oculares de su grandeza. Porque una vez que recibió de Dios Padre honor y gloria, por una voz que de la magnífica gloria bajó a él diciendo: *Este es mi Hijo querido, en el cual tengo mi agrado, oídle*, nosotros oímos esta voz traída del cielo, estando con él en el monte santo».

Dicha verdaderamente singular, y testimonio grandioso.

Y sin embargo, el mismo San Pedro, para que estimemos en lo que valen las Sagradas Escrituras, añade a renglón seguido: «Y así tenemos más confirmado lo que dice la Escritura, a la cual hacéis muy bien en atender como a una lámpara que luce en el paso tenebroso hasta que brille el día y nazca el lucero en vuestros corazones».

Oh! nazca, nazca el día de la trasfiguración para nosotros, pero para no desaparecer jamás! Llegue la revelación de la gloria en que veamos a Jesús más resplandeciente que el sol y más blanco que la nieve, y a su lado a Moisés y Elías y todos los Profetas y los Santos, y nosotros en medio de ellos resplandecientes de caridad, y hablando del amor de Jesús, y diciendo lo de San Pedro: «¡Qué bien estamos aquí!»

Pero esto para no despertar jamás de la bienaventuranza eterna.

Roto ya el silencio, los apóstoles que iban compaginando lo que habían visto, y naturalmente proponiendo a Jesús muchas dificultades le preguntaron acerca de Elías y le dijeron:

«—¿Cómo dicen los Fariseos y Escribas que Elías tiene que venir primero?»

»Respondió Jesús y les dijo:—Elías, cierto, vendrá, y cuando venga restablecerá todas las cosas; y vendrá también, como está escrito del Hijo del hombre, para padecer mucho y ser despreciado. Aunque también os digo que Elías ya ha venido; pero no lo han conocido, sino que le han hecho cuanto han querido, como está de él escrito. Así también ha de padecer de ellos el Hijo del hombre».

«Entonces entendieron los discípulos que les estaba hablando de Juan Bautista».

Como Cristo había dicho que tendría que morir, y según la profecía de Malaquías se sabía que antes de Cristo había de venir Elías, con ocasión de haber visto a este profeta al lado del Señor en el monte, le preguntaron el modo de conciliar estas cosas, pues veían que Elías había venido, pero después de Cristo, y que de nuevo había desaparecido sin hacer nada.

Responde Jesús que sí, que Elías vendrá antes que el Mesías, pero en la segunda venida de éste, cuando restablecerá todas las cosas antes del juicio universal. Así lo había dicho Malaquías: «Yo os enviaré al profeta Elías antes del día grande y horrible del Señor».

Y luego como Elías era figura de Juan, añade el Señor: Aunque bien puede decirse que ha venido ya Elías, es decir, Juan Bautista por él representado, y en él han hecho lo que han querido, como está escrito que hicieron con Elías.

### 131. EL ENDEMONIADO MUDO AL PIE DEL TABOR

(L. 9, 37-44; Mc. 9, 13-28; Mt. 17, 14-20)

Entretanto al pie del monte de la gloria sucedía una escena bien distinta llena de horror y de tristeza.

¿Os ha ocurrido alguna vez subir de mañana a algún alto monte cuando la niebla domina aún en el valle? Es un espectáculo asombroso. El que está en la cumbre, si mira arriba, contempla en un cielo sereno un sol espléndido y sin velo que luce, calienta y alegra el corazón.

A sus pies extiéndese un mar blanquísimo de aborregada niebla, semejante a inmensos montones de pellas de limpísimo algodón en rama. Desde arriba el espectáculo es asombroso.

Mas ¡ay de los que están al pie del monte en el valle! Sobre sus cabezas se tiende pegajosa, triste, oscura niebla. No reciben ni la punta de un rayo de sol, no conciben la serenidad que reina en el cielo un poco más arriba de esa nube. Ni siquiera conocen el camino para subir a la cumbre.

También en aquel día arriba había reinado la serenidad, la gloria, la alegría y bienaventuranza, mientras abajo dominaba el terror, la turbación, la angustia.

¿Qué encontraron el Maestro y los tres apóstoles cuando del monte bajaron?

Rodeados de inmensa turba estaban sus pobres discípulos apurados en extremo disputando con los escribas, que habiéndolos cogido separados del poderoso Maestro los acosaban en grande. Presentóse entonces Jesús. Todo el pueblo al verle quedó estupefacto, llenóse de pavor, y corrió a saludarlo. ¿Vió acaso en su faz divina algún vestigio de los fulgores de la transfiguración?... Aunque Jesús, sin eso, infundía respeto y reverencia a cuantos le miraban. Y entonces había razón para extremar estos afectos.

Advirtiéndole Jesús que allí se trataba y debatía acerca de alguna dificultad, preguntó:—De qué estáis altercando?

«Entonces de entre la turba salió un hombre hacia él y postrado en tierra de rodillas, le dijo:—Suplícoos, Señor, que tengáis compasión de un hijo mío, porque es el único que tengo, porque está lunático, porque está poseído de un demonio mudo y padece mucho mal. Donde le coge el mal espíritu le hace gritar, le tira contra el suelo, le agita con espuma, le hace rechinar los dientes, le deja seco y difícilmente se aparta de él, desgarrándolo. Lo he traído a tus discípulos, para que arrojen al espíritu; mas no han podido curarlo».

Y esto es lo que pasaba; que como los discípulos a pesar de sus esfuerzos no habían podido librar al endemoniado, los escribas y fariseos los acosaban y burlaban, zahiriendo, es natural, y despreciando al mismo tiempo a su Maestro y sus doctrinas.

Entonces Jesús paseó su mirada indignado por los que, mientras el padre hablaba, callaban y acaso se sonreían, ocultamente de su triunfo, y mirándolos, les dijo:

«—Oh generación incrédula y perversa! hasta cuándo tendré que estar con vosotros? ¿hasta cuándo os he de sufrir?... Tráeme acá a tu hijo.

»Trajéronle al punto. Mas en cuanto se acercó y le vió, revolvióle todo el mal espíritu y tiróle contra el suelo y retorcióle. Y él se revolcaba echando espuma.

»Estaba Jesús con suma serenidad ante aquel espectáculo y daba tiempo para que se enterasen todos del caso y se viese mejor el milagro y su poder.

»Preguntó al padre:—¿Cuánto hace que pasa esto?

»—Desde la infancia—respondió el padre.—Y muchas veces lo ha echado al fuego y al agua para perderle. Así que, si puedes algo, ayúdanos, compadecido de nosotros».

Parece que este padre dudaba algo del poder de Jesús, pues decía: si puedes algo. Como sus discípulos no habían podido nada...

«Díjole Jesús:—Si puedes creer, todo es posible al que cree.

»Al punto dando una voz el padre del niño, arrasado en lágrimas decía:—Creo, Señor, ayuda tú mi incredulidad.

»Y echando Jesús una mirada a la turba que se agolpaba, conminó al inmundo espíritu y le reprendió diciéndole: Espíritu sordo y mudo, yo te lo mando, sal de este hombre y no entres más en él.

»Y dando gritos y desgarrándole atrozmente salió de él el demonio, dejándole como muerto; tanto que muchos decían: Ha muerto.

»Mas Jesús tomóle su mano, y lo levantó. Púsose el niño en pie, y quedó sano desde entonces, y el Señor se lo devolvió a su padre».

Debió ser espectáculo tremendo. «Todos, dice San Lucas, estaban estupefactos de la grandeza de Dios». Los escribas quedaron confundidos, la plebe reanimada, la gloria de Cristo restablecida. Los discípulos alegres, por una parte, de haber salido de sus apuros, cavilaban por otra cómo ellos que en otras ocasiones habían arrojado a otros demonios, en aquella no pudieron arrojarlo.

»Y cuando volvieron a casa se le acercaron y le preguntaron en secreto:—¿Por qué no hemos podido nosotros arrojar a este demonio?

»Y respondió el Señor:—Por vuestra poca fe».

Acaso por lo que en aquel tiempo les había dicho de su pasión se había su fe entibiado: acaso por verse apurados de los escribas y fariseos, tenían más respeto humano y vacilación; acaso, en fin, el demonio hacía más ostento de poder y ellos estaban algo acobardados. Y para recomendarles más la fe sincera, añadió:

«—Yo os lo aseguro, si tenéis fe sincera, aunque no sea más que como un grano de mostaza, diréis a este monte:

pasa de aquí allá, y nada os será imposible. Además este género de demonios no se arroja sino con oración y ayuno».

### 132. DE NUEVO VATICINA SU PASIÓN

(L. 9, 44-45; Mc. 9, 29-31; Mt. 17, 21-22)

«Y salieron de aquel sitio y atravesaban la Galilea, y procuraba que nadie le viese».

Dejaban en pos de sí, como nota San Lucas, a todo el mundo admirado de lo que hacía. Mas él, sin olvidar su idea, aprovechaba la ocasión de nuevo para inculcar a sus discípulos lo que en todo este período estaba inculcándoles. Y para que a un mismo tiempo viesen su poder, y recibiesen su profecía, y se preparasen para cuando llegase el tiempo de la persecución y de la prueba, vaticinó de nuevo su pasión y dijo a sus discípulos:

«—Vosotros grabad en vuestros corazones esto que digo: El Hijo del hombre será entregado en manos de los hombres, y lo matarán, y al tercer día resucitará.

»Pero ellos no acababan de entender estas palabras, cuyo sentido les estaba velado, para que no lo comprendieran. Y temían preguntarle acerca de esto, pero se entristecieron profundamente».

Sea por la dificultad natural de compaginar la dignidad y el triunfo del Mesías con su muerte y su derrota, sea por no querer persuadirse de lo que les daba pena, sea por disposición divina que hacía que no entendiesen todo esto hasta que sucediese, ello es que los discípulos no acababan de darse cuenta de lo que aquello podría significar, y de cómo había de suceder. Pero veían que el Maestro insistía en ello tanto y tantas veces y tan decididamente, que les daba tristeza. Temían preguntar lo que temían averiguar. Y contentándose con lo que ya se les había significado bastante, sin querer saber más callaban, pero su corazón estaba oprimido presintiendo tristísimos acontecimientos.

Y así con este triste silencio siguieron caminando y llegaron a Cafarnaúm.

### 133. ÚLTIMA VISITA A CAFARNAÚM

#### JESÚS PAGA TRIBUTO

(Mt. 17, 23-26)

Después de haber recorrido vagando y casi de incógnito por tantos sitios como hemos visto fuera y dentro de Galilea, cuando ya la memoria de Jesús y su prestigio debía estar debilitado en Cafarnaúm, volvió el Maestro a esta *su Ciudad*, para pisar por última vez aquel suelo testigo de tantas maravillas y teatro de tan admirable predicación y doctrina como allí Jesús había predicado.

Era costumbre y como ley entre los judíos que cada israelita mayor de veinte años pagase para el sostenimiento del culto un censo anual de medio siclo o de dos dracmas o un didracma, que todo es lo mismo, equivalente en nuestra moneda a poco más de peseta y media. Y aunque no se puede afirmar nada de esto de cierto, cobrábanse *los didracmas* al fin del año judío en el mes de Adar, equivalente a nuestro Febrero poco antes del mes Nisan, en que se celebraba la pascua y que era el primer mes del año israelítico.

A los morosos se les recordaba su deuda de cuando en cuando, y principalmente se los buscaba al aproximarse las grandes fiestas.

Estaban exentos de este tributo los sacerdotes, y es muy probable que también los levitas, y los maestros o rabinos.

No sabemos si Jesús lo había pagado otras veces; acaso con la fama que tenía de maestro y su gran popularidad, no se lo exigieron en otras ocasiones. Este año como había estado tanto tiempo ausente, ni siquiera había tenido ocasión de pagarlo. Mas en cuanto vino a Cafarnaúm le echaron el ojo los cobradores de los didracmas. Y sea que lo hubiese pagado otras veces, sea que, como le vieron esta vez con menos aparato, dudasen si estaba o no exento, sea que los cobradores fuesen nuevos y no estuviesen enterados de lo que otros años había hecho, se acercaron con delicadeza, no a Jesús, que no se atrevieron, sino al que veían que era el más autorizado de los apóstoles, llamándole tal vez aparte.

Cuéntalo San Mateo, que como había sido él también cobrador, aunque del estado, se fijó en este hecho que los demás evangelistas omitieron.

«Y al entrar a Cafarnaúm se acercaron a Pedro los cobradores del didracma, y le dijeron:—¿Y vuestro Maestro no paga el didracma?»

»Respondió él:—Sí por cierto.

»Pero cuando entró en casa antes que él hablase le dijo Jesús:—¿Qué te parece, Simón? los reyes de la tierra ¿de quiénes reciben tributo o censo? de sus hijos? de los extraños?»

»Y dijo Pedro:—De los extraños.

»—Luego los hijos están exentos, dijo Jesús».

Parece que quiso corregirle de lo que con tanta precipitación había concedido que su Maestro pagaba tributo, y darle a entender que él no estaba sujeto a pagar aquel censo. Pero luego añadió:

»—Mas para que no los escandalicemos, vete al mar, echa el anzuelo, y toma el primer pez que cojas; ábrele la boca, y encontrarás en ella un estater; lo tomas y pagas por ti y por mí».

Un estater valía dos didracmas, y servía para pagar por dos. Y es notable que el Señor quisiese pagar por sí y por su vicario, dando así a entender que eran una misma cosa los dos en cierta manera, y que si pagaban por no escandalizar y por evitar cuestiones, pero que no estaban obligados a pagar nada. Y a fin de conciliar esta cesión de derechos, con su dignidad y majestad, aunque no les hubiera sido muy difícil hallar la pequeña cantidad de tres pesetas, que era lo que próximamente valía un siclo, un estater o dos didracmas, quiso dar a entender que pagaba porque quería, pues él era el dueño de toda la creación, de todos los estateres y siclos y didracmas, pues los tenía a su disposición aunque no fuese más que en la boca de sus peces.

#### 134. ENVIDIA DE LOS APÓSTOLES

(L. 9, 46; Mc. 9, 32-33; Mt. 18, 1)

Por el camino los apóstoles un poco separados sin duda de Cristo, entablaron entre sí una bien poco edificante dis-

puta, que todavía en adelante habían de suscitar más veces. Reñían acerca de quién era de todos ellos el principal y el mayor.

Habían visto la preferencia dada por Jesús pública y solemnemente a Simón. Y de esto no debía caberles duda. Tal vez, sin embargo, suponían que aun a Pedro se podrían acaso adelantar, y ya veremos como en una ocasión la madre de los Zebedeos pide para sus dos hijos el primero y segundo sitios en el reino de Cristo. Pero, en fin, si es que se resignaban a esta preeminencia de Simón, pero ninguno se resignaba a quedarse de los últimos. Y como hacía poco habían observado que Jesús para ir al Tabor, a lo que ellos no sabían, había escogido a Jacobo y a Juan juntamente con Pedro, acaso les entraron celos y envidias, propios de los corazones humanos. Y a espaldas de Cristo, sin recordar que éste lo oía todo, por secreto que se hablase, pusieronse ruinmente a disputar acerca de quién de ellos valía más.

Entrados en casa, tomó de aquí motivos el Salvador para darles muchas y muy hermosas lecciones.

#### 135. UNA CONVERSACIÓN DEL MAESTRO EL NIÑO. LA HUMILDAD.

LOS QUE OBRAN EN NOMBRE DE CRISTO. EL ESCÁNDALO

(L. 9, 47-50; Mc. 9, 34-49; Mt. 18, 1-14)

Debía estar en una casa de mucha confianza, donde por lo que después se verá había por lo menos algún niño, y seguramente que estaban reunidos los discípulos y los de la casa con el Maestro en íntima confianza y seguridad de familia.

Con que viéndolos reunidos, Jesús que conocía el interior de sus corazones, les preguntaba:

«—¿Qué venías tratando en el camino?»

Callaban ellos llenos de rubor, y no se atrevían a decirselo.

«Entonces Jesús sentóse y reunió a los doce y les dijo:

«—Si alguno quiere ser el primero, que sea el último de todos y que sirva a todos.

»Y llamó a un niño (sin duda algún niño de la casa, que